

Cine Popular

Redacción y Administración:
Barbará, 15
Apartado Correos 925

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

Año III
Número 125
Barcelona 18 de Julio de 1923



ITALA ALMIRANTE MANZINI Y ANDRÉS ARAY

Los célebres actores italianos, en una de sus admirables escenas de amor de la película «La Gran Pasión»

20 céntimos

Cinematográfica Verdaguer

S.A.

Capital: 3.000.000 de pesetas

Consejo de Ciento, 290

TELÉFONO 969 - A.

Telegramas "Verdogra"

Telefonemas

BARCELONA

Interesa a todo empresario
conocer las grandes producciones extraordi-
narias, las escogidas series y la abundancia
enorme de material NUEVO que continua-
mente presenta bajo su prestigioso nombre el

Programa Verdaguer

Pídanos hoy mismo la lista detallada de asuntos
de todos los géneros y de las mejores marcas
americanas, alemanas e italianas, en la que
PRECISAMOS títulos y artistas que evidencian
lo más selecto y abundante de nuestro material.



Precios de Suscripción

ESPAÑA:	
Un año.	10 ptas.
Seis meses.	5'50 "
EXTRANJERO:	
Un año.	15 "
Seis meses.	8 "

Cine Popular

REVISTA
ILUSTRADA
SEMANTAL

Barcelona 18 Julio 1923

Año III - Número 125

Redacción y Administración: Calle de Bar-
bará, 15 - Apartado
de Correos número 925.
- Teléfono 2753 A.

LA TRISTEZA DE LOS MILLONES

Hay algo mucho más triste que el ser pobre y es el ser rico.

Los que sueñan en las riquezas como fuente de la felicidad se equivocan de medio a medio.

Es cierto que la miseria produce un núcleo muy importante de desesperados de la vida, pero no es menos cierto que también surge esta desesperación en el ambiente de la opulencia.

El «spleen» o enfermedad del hastío es una consecuencia del exceso de millones. La diversión más interesante de nuestra vida es el trabajo, y no existe nada más perjudicial a la salud y equilibrio de nuestro espíritu que tener todos los problemas de la vida resueltos.

Así lo ha venido a demostrar Graig Biddell, el hijo primogénito de un multimillonario yanqui. Graig Biddell, a pesar de los millones de su padre, trabaja en el cinematógrafo y se va a casar con una actriz cinematográfica, Derelys Perdue.

Es un gesto homérico el del simpático joven que desdén las comodidades, las opulencias, los lujos refinados de su hogar, substituyéndolos por la vida sedentaria del actor que, aun con todos sus atractivos y halagos, guarda momentos de amargura.

Pero ¿cómo podríamos saborear los instantes gratos si no fuera con el contraste de los ingratos?

Apostaríamos ciento contra uno a que la vida tiene para el joven heredero mucho más atractivo que para su multimillonario progenitor. En el uno todo está

previsto; la existencia no guarda incógnitas. En el otro, la existencia guarda el hermetismo de lo no conseguido.

Mister Biddell, padre, arrellanado muellemente en su buta-



BABY PEGGY

cón de gran capitalista, no saboreará las peripecias del vivir como Mr. Biddell, hijo.

Efectivamente, el joven Graig Biddell ha entendido la vida, ha sabido darle una interpretación noble y justa.

Claro está que el dinero no es despreciable, pero está muy lejos de ser el eje fundamental de nuestra existencia.

Nada más triste que la vida de un multimillonario. Se levanta tarde; un exceso de criados le sirven; su vida no tiene problemas difíciles; el amor es para él cuestión de billetes de banco: lo compra; el deseo de prosperar no le estimula a vivir; la codicia tampoco suele dominarle; el arte, como está siempre abordable a la eficacia de su oro, no posee

el secreto supremo de la verdadera belleza; los cariños y afectos que le rodean son siempre interesados con vistas a la hora grata de su muerte, en que su bolsa pródiga se abrirá, acaso, para allegados y parientes; sus relaciones son de adulación, de veneración al becerro de oro, y le será difícil hallar en su camino un sentimiento noble hacia él.

Una vida así es una verdadera calamidad, sobre todo comparándola con la del hombre de la energía y del trabajo, en el que cada triunfo es una alegría, en el que cada nota grata de la existencia halla una justa interpretación.

Graig Biddell, el joven millonario que trabaja de actor cinematográfico y se va a casar con una actriz de la pantalla, debe ser un hombre equilibrado que quiere disfrutar de la vida en toda su plenitud y no padecer la esclavitud y el hastío de los millonarios.

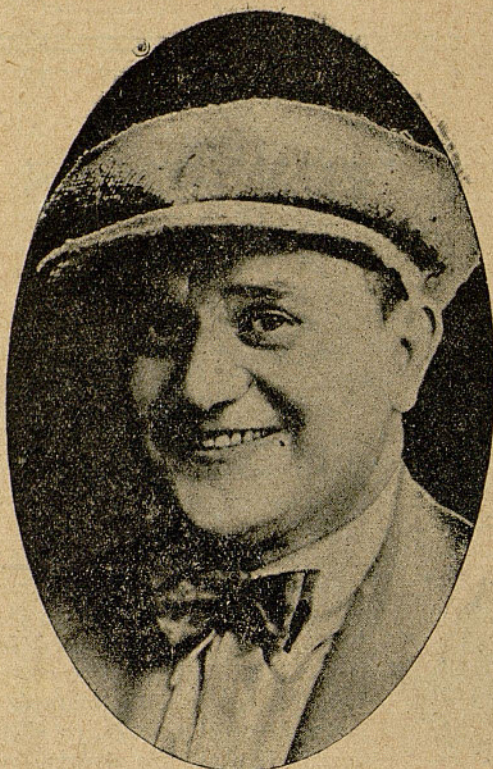
Hasta en el mundo de los sentimientos influye el cinematógrafo, pues estamos seguros de que no ha sido esta la única conversión realizada por el arte de la visión, sino que su influencia moderna orienta muchas otras corrientes de la vida.

Deseamos a miss Dorelys Perdue y a Graig Biddell toda suerte de prosperidades sentimentales y artísticas, que bien se lo merece el interesante gesto del joven heredero de una de las grandes fortunas americanas.

Aurelio

LOS OPTIMISTAS

FRANKLIN FARNUM



Hay en la fauna y flora cinematográfica gestos para todos los gustos y siluetas para todas las opiniones.

Existe el tipo sentimental y romántico que tanta aceptación tiene entre el público de los «matinéés». Existe el hombre de acción y energía, héroe de los grandes negocios y de las grandes empresas financieras. Existe el triunfador bélico que lucha en las praderas contra bandidos y hombres del mal. Existe también el optimista, cuya aparición en los argumentos es siempre una nota de claridad y alegría de vivir.

Uno de estos valores es Franklin Farnum. Ante todo se destaca por su optimismo cinematográfico y la vida y alegría que saboreamos en sus películas.

En la fotografía que ofrecemos hoy a nuestros lectores aparece Franklin Farnum en todo el apogeo de su alegría mímica.

Sus ojos de pupilas vivas e inquietas; su boca esbozando una sonrisa de triunfo; todo su rostro rebosa salud y ganas de vivir.

Farnum es un perfecto americano en el modo de interpretar la vida, y espontáneamente, con toda la ingenuidad de un sentimiento surgido naturalmente, se manifiesta en sus argumentos cinematográficos sin afectaciones ni efectismos, buscando el triunfo en su propia naturalidad.

Y acaso por esto Franklin Farnum ha conseguido el éxito, teniendo en el cinematógrafo esa silueta atractiva de los hombres que saben triunfar siempre.

La industria cinematográfica francesa pasa por un grave momento

A raíz del retiro de M. Denis Ricaud de la dirección administrativa de la «Pathé Consortium Cinema», una de las empresas cinematográficas más poderosas de Francia, y de los cambios radicales operados en la misma, esa empresa ha declarado que está convencida que si la situación actual de la industria francesa de films no se modifica, sucumbirá.

No le damos ni tres años de vida—han manifestado los mismos directores—si continúa llevando una existencia inorgani-

zada, desordenada, anárquica como la actual, la que da la ilusión todavía de estar en vigor, pero que debe fatalmente, en virtud de todas las leyes de la lógica y de la experiencia, terminar en el agotamiento final.

Conscientes de ese peligro—continúan diciendo—que nosotros denunciarnos sin ambages, porque su evidencia nos parece que está fuera de toda discusión, nos preparamos a evitar esas consecuencias organizando nuestra empresa según un plan racional de administración, de producción y de explotación.

Los propósitos de la nueva administración son los de industrializar la producción cinematográfica sin dañar la calidad artística.

No queremos — terminan diciendo—que haya, en la producción de un film, ningún lugar a lo imprevisto, al azar, los contratiempos, el retardo, la negligencia. Ningún film será comenzado si previamente no se han estudiado, concertado y fijado hasta los menores detalles por los técnicos responsables de la realización. Es un método norteamericano, pero es un buen método. Los norteamericanos han obtenido éxito buscando los medios prácticos para fabricar rápidamente y a golpe seguro, y tratando al mismo tiempo de mejorar la calidad. Nosotros haremos como ellos. Tenemos en Francia los elementos necesarios para triunfar. Podemos triunfar y debemos triunfar.

NOTAS DE LA SEMANA

Buenos propósitos

Según declaraciones oficiales hechas por la casa «Fox», esta empresa no piensa dedicarse a producir películas que no sean de gran metraje e interpretadas siempre por artistas que en la escena muda gocen de gran renombre por éxitos y méritos reconocidos.

Nos alegramos de tales propósitos y deseamos que pronto se conviertan en agradable realidad.

Bárbara La Marr

Esta notable artista ha querido distinguirse de sus compañeras y lo ha conseguido.

Sus amores con Jack Dougherty eran casi ignorados, porque ambos enamorados lo eran con suma discreción y por esto la prensa no pudo, como es costumbre, lanzar a la publicidad la noticia de la próxima boda.

Hace unos días Bárbara y Jack se han casado silenciosamente, casi misteriosamente; pero como ella filma en la actualidad la producción titulada *El capitán Applejack*, no han podido disponer los flamantes esposos ni siquiera de unos pocos días para celebrar su luna de miel.

Pero a Bárbara se le acabarán por fin las prisas y tendrá tiempo de desquitarse.

«Batailhi»

Es el título de la nueva producción que prepara una sociedad francesa. Para interpretar la ha sido contratado el notable actor japonés Sessue Hayakawa. Sessue es esperado en Francia a mediados del presente mes.

Hope Hampton

Para iniciar la interpretación de la película titulada *Los buscadores de oro* ha salido en dirección a California el notable artista Hope Hampton.

Durante el presente año Hope ha trabajado en dos películas, una para la casa «Paramount» y otra para la «Fox».

Katherine Perry

Esta celebrada artista interpreta el principal papel en la producción de la «Universal» titulada *Locos y ricos*.

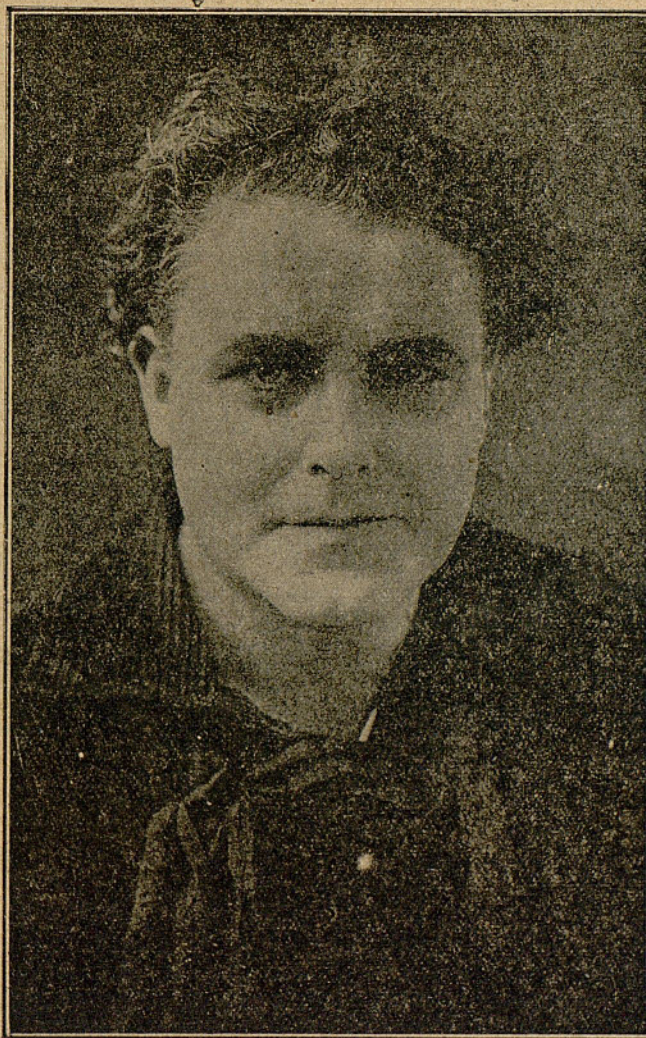
En dicha producción interpreta también un papel importante el notable actor Harbert Rasolinson.

Boda próxima

Con Gussy Holl, esposa divorciada del notable actor Conrad Weidt, contraerá matrimonio en fecha próxima el no menos afamado Emil Jaunings, eminente actor alemán, que ha conseguido por sus grandes méritos, resonantes y merecidos triunfos.

Boda celebrada

Con el barón de Haymale ha contraído matrimonio, hace pocos días, la bellísima artista Liane Haid, protagonista de *Lucrecia Borgia* y *Lady Hamilton*.



El gran actor de la pantalla William Farnum

De aquí y De allá

Información absolutamente inédita en España

Stewart Rome y Balzac

Los grandes escritores hallan la máxima interpretación en las grandes actrices de la pantalla.

Son ya varios los libros de Balzac que han sido llevados al cinematógrafo y se ha de añadir a éstos la gran obra *París*, del inmortal autor francés, que será base de una película.

Una de las actrices encargadas en este caso de interpretar al genio francés será Stewart Rome, que se halla actualmente en la capital de Francia tomando parte en esta película que se desarrolla en la época de la caída de Napoleón.

Un rival de Rodolfo Valentino

Como nuestros lectores saben ya seguramente, Rodolfo Valentino es el héroe cinematográfico de las damas en el arte de amar.

Pero según buenas referencias que recibimos, le ha salido a Valentino un rival muy serio. El tal es Norman Kerry, que acaba de hacer una gran creación en la película *Merry Go Round*, cuyo argumento se desarrolla en Viena.

El hogar de Mary Pickford

Según la opinión de los sirvientes del matrimonio Pickford, la casa de estos dos grandes actores cinematográficos es la ideal para servir a gusto.

Durante seis días de la semana, los ocho criados del matrimonio Pickford están a sus anchas, ya que ambos esposos pasan la mayoría del tiempo en los estudios.

Unicamente ocurre que el domingo se lleva el desquite «Pickfair»; este es el nombre del precioso chalet de los Pickford.

El domingo es un día terrible para los criados, pues ambos esposos permanecen en casa, recibiendo a muchos invitados.

Mary y Douglas, según la opinión de sus criados, son muy difíciles de contentar.

Pero en cambio, en el chalet «Pickfair» se proyecta un día a la semana las más interesantes películas estrenadas, y los sirvientes pueden darse el gustazo de asistir a estas proyecciones y aun invitar a algunas de sus amistades.

Actor inglés a América

Continuando la emigración de actores del viejo continente al nuevo, podemos anotar los éxitos de un conocido actor de la pantalla inglesa que comienza a trabajar en América en la película *Vida, Libertad y...*

Este actor inglés es George K. Arthur, quien en la citada película hace el papel de un joven que para auxiliar a sus padres enfermos hace de boxeador.

El argumento está lleno de escenas interesantes.

Mr. Arthur afianza en él sus grandes cualidades de actor, que ya le habían dado fama en la cinematografía inglesa.

Aprendan los actores españoles, y quien sabe si a muchos de ellos, andando el tiempo, no les

estará reservado un camino parecido.

La historia del hielo

Parece el título de una película sugestiva de series, y no obstante se trata de una producción científica que lleva a cabo la compañía «Fox», y en la que, de un modo sugestivo, nos hace una reseña amenísima de cómo se produce el hielo en América.

Se calcula una producción de hielo en los Estados Unidos de unos 25 millones de toneladas, y para la manipulación de esta suma respetabilísima de kilos, se ponen en obra medios potentísimos que aparecen de un modo minucioso en el transcurso de esta película.

Una actriz debutante

Miss Phyllis Titmuss debe su debut en el cinematógrafo a sus preciosos cabellos rubios.

Mr. Carlyle Blackwell buscaba para la película *El vagabundo creído* un tipo de mujer delicado, con cabellos rubios y ojos azules.

Después de buscar muy asiduamente Mr. Carlyle halló en miss Phyllis Titmuss lo que buscaba, y esta señorita, gracias a sus cabellos rubios debutará en la pantalla con la citada película.

¡Cuántas muchachas de España rubias y de ojos azules hubieran querido hallarse en el lugar de la afortunada!

Cantó antes de hacer películas

Es interesante conocer la historia de las actrices cinematográficas antes de haber actuado en la pantalla.

Eleonor Boardman, que hizo un papel precioso en la película *Solar en venta*, entró en el cinematógrafo después de haber estado mucho tiempo cantando de teatro en teatro.

**DEPILATORIO
BORRELL**



NUESTROS CONCURSOS

USTED VOTARÁ
POR UNO DE
ESTOS CUATRO
REYES DE LA RISA



Max Linder es el rey europeo de la risa

CINE POPULAR organiza esta nueva encuesta para conocer los gustos del público de España en lo que a actores cómicos de la cinematografía se refiere.



Tomašín, el héroe de los niños

Nuestra sección «Buzón Público» no puede dar cabida a tantos cientos de opiniones y cartas recibidas, y la Dirección ha pensado que el modo más directo y práctico para averiguar los gustos de los espectadores españoles, consiste en organizar encuestas parciales como la realizada anteriormente y que éxito tan imprevistamente resonante obtuvo.

La encuesta de hoy es para saber quien es el Rey de la Risa, a juzgar por la opinión de nuestro país.

Los sufragios pueden enviarse como en nuestro anterior Concurso, debidamente firmados, a nuestro apartado de Correos 925, hasta el 24 de julio, fecha en que quedará cerrada la admisión de sufragios.

¿Qué actor cómico es el rey de la risa?

¿El enigmático Charles Chaplin (Charlot)?

¿El candoroso Tomašín?

¿El célebre actor francés Max Linder?

¿Harold Lloyd «El», el caballero de las gafas?

El sufragio es el mejor argumento.



Charlot es el actor de la risa científica

Vote usted por su actor favorito y haga triunfar el nombre del que tan buenos ratos le ha proporcionado.



Harold Lloyd «El», creó escuela con sus típicas comedias

D. domiciliado en
calle de vota por el actor cómico

Firma)

Dirigirse a nuestro Apartado de Correos 925

TEMPORADA
DE VERANO

1923

A PRECIOS
POPULARES

P
A
T
H
E
-
C
I
N
E
M
A

Pathé - Cinema

Todos los días, sesiones tarde y noche

**GRANDIOSO PROGRAMA
DE EXCLUSIVAS**

Butaca (localidad única). 0'60

Pathé-Palace

Todos los días

SESIÓN MONSTRUO

continua de las 3'30 tarde a 12 noche

INTERESANTES PROGRAMAS

Especial 0'25

Preferencia 0'50

Butaca 0'60

Los domingos y días festivos, sesiones
matinales en ambos locales

P
A
T
H
E
-
P
A
L
A
C
E

Cuentos de CINE POPULAR

VISIÓN TRÁGICA

Juan García y Emma se profesaban un amor tan inmenso como el que debieron inspirarse Romeo y Julieta, Abelardo y Eloísa o los Amantes de Teruel. Sus idilios eran la repetición constante de la antigua y siempre nueva canción del amor. La dicha más pura inundaba aquellos castos corazones, que habían nacido predestinados el uno para el otro. Sus más ardientes deseos, sus sueños de felicidad eterna deberían convertirse en realidad en un no muy lejano y risueño porvenir; en una palabra, podía asegurarse que era la pareja más amante y feliz de toda Francia.

Pero el dedo implacable del destino, el hado adverso encarnado en la gran guerra cortó fría, brutalmente, la dicha que embargaba aquellos corazones, convirtiendo el almíbar de la felicidad que albergaban en amarga hiel, hija de la dolorosísima herida moral que jamás ser humano haya experimentado. Juan tuvo que partir con su regimiento a los campos de muerte y de exterminio de Iprés.

La despedida fué desgarradora; las lágrimas, los sollozos entrecortados y los arrebatos de pasión de Emma en hora tan crítica formaban angustioso contraste con el semblante pálido, pero sereno y resignado de Juan, y como si presintieran que no volverían a verse aquí en la tierra, un apretado y largo ósculo en el que iba un mundo de ilusiones puso fin a esta tan tierna como dolorosa escena.

Durante dos años, sin interrupción y cada dos días, Emma recibía carta de su adorado, en las que le detallaba los horrores de la campaña, renovando incesantemente sus juramentos de amor y el creciente cariño por su pequeña, haciéndole ver en momentos de optimismo la posibilidad de que pronto terminaría la cruenta lucha, tornando

la paz para el mundo y la dicha y felicidad para ellos. En el corazón de Emma, destrozado por el sufrimiento, las cartas de Juan obraban como bálsamo bienhechor.

Bruscamente dejó Emma de recibir noticias de su novio. Esto fué un golpe mortal para ella; pasaban los días, semanas y meses y Juan no daba señales de vida. Loca de dolor, inquiría en los centros oficiales noticias de Juan; con febril impaciencia recorrían sus bellos ojos las columnas interminables de muertos y heridos que publicaba la prensa. ¡Nada! El nombre de su Romeo no aparecía por parte alguna. Así transcurrieron ocho meses en una continua agonía para Emma, cuya belleza iba marchitándose; una densa palidez cubría su rostro; se habían agotado las fuentes de sus ojos; ya no lloraba, pero el enflaquecimiento progresivo de su linda figura daban a entender que las penas y la incertidumbre por la suerte de su amado hacían mella profunda en su sensible corazón, minando su salud. Todo anunciaba en ella un próximo y fatal desenlace.

La «Universal Cinema», de Nueva York, para dar realce con escenas de verdadero verismo a su nuevo gran film *La gran tragedia*, obtuvo de los gobiernos de las potencias beligerantes un permiso especial para la filmación de episodios sangrientos en el campo de batalla de Francia. En tan atrevida empresa pagaron con su vida cuatro de la legión de operadores que la gran manufactura americana mandó para filmar.

Había transcurrido un año desde que Emma dejó de recibir noticias de Juan. Los estragos que el sufrimiento hizo en su na-

turalidad no son para descritos; estaba desconocida.

Por entonces había gran expectación por la nueva película *La gran tragedia*, que de un día a otro iba a proyectarse en un salón de París. Enterada Emma de ello, sabiendo que habría escenas reales de la guerra, y como para ella, desde que la paz del mundo se quebró huyó la felicidad sin que nada lograra distraerla, decidió apurar las heces de su amargo cáliz asistiendo a la proyección de *La gran tragedia*.

El salón estaba rebosante de gente. Había empezado el anunciado film. Emma, con semblante cadavérico, seguía con interés creciente las escenas que la película representaba. Llegó un momento en que la respiración se le hizo penosa y empezó a temblar como una azogada. El immaculado lienzo representaba una sangrienta batalla en las proximidades de Iprés, y allí, en una trinchera, curtido el rostro por la intemperie y dos años de larga y cruenta lucha, apareció Juan haciendo, rabiosamente, fuego de fusilería contra el enemigo. Fué un momento emocionante de horrorosa realidad. Una enorme granada hizo explosión en la trinchera, siendo mensajero de destrucción, desolación y muerte para los valientes que la ocupaban.

Un grito doliente hizo que el operador cesase en la proyección del film y la luz se hizo en el salón. Emma yacía tendida en el suelo, inerte y pálida; una mueca dolorosa se dibujaba en su rostro, desfigurándole... ¡Estaba muerta!...

A aquellos dos seres que les estuvo vedada la felicidad en este valle de lágrimas, serán hoy, seguramente, dichosos allá en la eternidad.

Desde entonces quedó prohibida la exhibición de films en los que se viera a la muerte con la escalofriante realidad de los campos de batalla.

Alberto Pérez Fernández

Vitoria.

El Programa VILASECA Y LEDESMA

Argumentos de las películas que semanalmente se estrenan en el aristocrático PATHÉ-CINEMA

VIDOCQ

Producción basada en la novela de Arturo Bernede, publicada en «Le Petit Parisien»

LA EVASION

Después de una juventud agitada, el joven Francisco Vidocq, hijo de un panadero de Arras, animado por su espíritu aventurero, se hace soldado y a fuerza de valentía conquista el grado de teniente en un regimiento de cazadores.

En el año 1795, Vidocq es destinado a la guarnición de una ciudad del Norte, donde el recuerdo de sus muchas hazañas hace que sea bien acogido.

Poco después de esablecerse Vidocq en aquella ciudad, contrae matrimonio con una joven de la que se ha enamorado verdaderamente y se crea una familia, viviendo feliz y respetado. Vidocq no ambiciona otra cosa que la ocasión de poder probar de nuevo su arrojo para aumentar sus glorias militares.

Pero un día, cuando la felicidad parecía sonreírle y ser más pródigo para él en sus favores, su esposa desapareció con sus dos hijos, según pudo después enterarse, para seguir a un joven hijo de familia de quien se había enamorado.

Vidocq, desesperado por aquella inesperada desdicha, desertó del ejército lanzándose a perseguir a la fugitiva. Todas sus gestiones fueron inútiles, e inútiles sus ruegos y sus dádivas para encontrarla.

Vidocq, herido en sus afectos más íntimos, perdió todo escrúpulo y respeto a la sociedad que días antes le respetaba hacién-

dole objeto de su consideración, y como separado del servicio no contaba con los medios necesarios para sostener su vida, bien pronto la miseria y la desesperación le condujeron por la senda del crimen.

Cierta noche esperó la hora oportuna y sorprendió en su casa a un agente de bolsa y a la vez recaudador de fondos, y después de matarle escapó con todo el dinero que pudo encontrar en la casa de su víctima.

Pero tampoco entonces la fortuna quiso sonreírle. Vidocq fue sorprendido poco después de cometer su crimen y horas más tarde ocupaba una celda de castigo en el presidio.

En la soledad de su encierro, Vidocq sólo ambicionaba conseguir la libertad para buscar a sus hijos, y acudiendo a cuantos medios creyó eficaces para lograr la evasión, consiguió por fin lo que pretendía. Obteniendo la complicidad de sus guardianes, Vidocq pudo escaparse del presidio.

Perseguido de cerca por la policía y cuando ya desesperaba de encontrar un refugio que despidiera a sus perseguidores, un colono a cuyos dos hijos había salvado Vidocq algunos meses antes de las acometidas de un perro rabioso, agradecido le recogió en su casa salvándole así de las uñas de sus perseguidores.

Pasó Vidocq algunos días oculto y al cabo de ellos el colono, queriendo darle otra prueba de su reconocimiento, le entregó algún dinero, el suficiente para procurarse un disfraz y poder llegar a la capital sin nuevos contratiempos.

Vidocq salió de la casa de su protector e inadvertido llegó al fin de su viaje.

Pocos días estaba en la capital

cuando encontró allí a dos de sus antiguos amigos, compañeros de presidio, que una vez cumplida su condena habían resuelto vivir de modo más tranquilo y honesto y uniendo el dinero que ambos tenían montaron un almacén de modas.

Grande y sincero era el afecto



que los dos nuevos comerciantes profesaban a Vidocq y por tal motivo le acogieron con verdadera alegría, ofreciéndole un puesto en su negocio para que pudiera rehacer su vida.

Vidocq aceptó porque necesitaba medios con que poder atender a su manutención, pero aceptó solamente con la idea de continuar buscando a sus hijos, pensamiento que no le abandonaba un instante.

Un día uno de sus amigos y protectores dijo a Vidocq que tenía la seguridad de que su esposa, la que un día destrozó su vida huyendo tras un amor de pecado y de aventura, bajo el

nombre de «Manon la Rubia» era la querida de un financiero riquísimo llamado Ouvrard y que habitaba en un castillo situado en los alrededores de París.

Vidocq quedó sorprendido ante noticia tan inesperada y tras unos minutos de reflexión resolvió visitar a su esposa.

ojos de su mujer las telas riquísimas, los encajes de precios fabulosos y elogió su mercancía, y cuando ya llegaba el momento de formalizar la venta, el falso comerciante arrancó de su rostro la lengua barba que lo desfiguraba, quitó de su cabeza el gorro que le tapaba hasta la mitad de la frente y cerrando los puños en actitud agresiva adelantó unos pasos hacia la sorprendida mujer. Esta, ante la presencia inesperada de su esposo, temiendo el inmediato castigo de su culpa, quiso gritar, pedir auxilio, pero un gesto enérgico de Vidocq le impuso silencio.

Después se acercó a ella y apretando una de sus manos blancas, delicadas, le dijo:

—No grites; necesito que estemos solos. Vengo a pedirte cuentas de tu conducta.

Hubo unos momentos de angustia. Manon quiso escapar de las manos de su marido, pero éste lo evitó enérgicamente.

Por fin obligada por Vidocq y ante el temor de caer bajo los brazos vengativos de aquél, Manon confesó que abandonó el domicilio conyugal para huir con un sujeto llamado Sallemmbier y apodado el «Intrépido», jefe de una banda titulada «Los chauffeurs del Norte».

Los niños los confió a una mujer de mala reputación llamada Francine y esta mujer, al poco, los abandonó. Manon aseguró a su marido que había hecho cuanto humanamente fue posible para encontrarlos, pero que todas las gestiones habían sido inútiles. En cuanto al «Intrépido», la policía le detuvo a los pocos días de arrastrar a Manon a su vida aventurera.

Vidocq escuchó la triste confesión, y cuando sus puños se le-

vantaban amenazadores sobre la cabeza de Manon, por una de las ventanas de la estancia pudo advertir que algunos policías, puestos de nuevo sobre la pista para arrestarle, llegaban al castillo.

Vidocq pudo escapar y llegar casi milagrosamente a la tienda de sus amigos del presidio, donde sabía que podían ofrecerle un refugio seguro.

Pocas horas después llamaban a la puerta del establecimiento. Vidocq escondióse apresurado mientras Coco y Bibi, los dueños del almacén, abrían.

El recién llegado era un hombre de una rara elegancia y de una perfecta distinción. Tan elegante personaje apodábase el «Aristo» y era jefe de la famosa banda titulada «Los hijos del Sol», que había sembrado y aun sembraba el terror en París y que luchaba con frecuencia y siempre victoriosamente con la policía mandada por el inspector Pasquier.

El «Aristo» disponía de un perfecto servicio de espionaje, y gracias a esta circunstancia supo que Vidocq se encontraba en la capital y además el lugar en que se escondía, y el motivo de su visita no era otro que proponer a Vidocq se asociara a él para «trabajar» juntos; sociedad de la que el «Aristo» esperaba grandes beneficios.

Vidocq gozaba entre los hombres que vivían al margen de la ley de una fama extraordinaria como audaz y como inteligente.

Fieles a la palabra dada, los dueños del establecimiento negaron que Vidocq se encontrara allí, y aunque el «Aristo» no creyó la mentira, sabía también que resultaría inútil insistir y se dispuso a salir del almacén no sin

antes citar a los dos amigos para el día siguiente en un cabaret situado cerca de Saint Denis, lugar donde «Los hijos del Sol» celebraban sus misteriosas reuniones.

El día fijado para la cita, «Aristo» y sus compañeros debían reunirse para acordar los

últimos detalles relativos a un golpe en proyecto sobre un castillo situado en lugar próximo.

Cuando «Aristo» salió del almacén, también salió Vidocq de su escondite y dirigiéndose a sus protectores les dijo:

—Yo acudiré a la cita.

(Continuará).

FIN DE LOS ARGUMENTOS PATHE CINEMA

Más sobre el proyectado Club Cinematográfico

Decididamente, y para nuestro mal, pecamos de demasiado apáticos.

Cierto que a veces tenemos buenas iniciativas, sustentamos excelentes teorías, pero al llegar el momento de ponerlas en práctica nos detenemos porque nos faltan fuerzas para llegar al verdadero principio del fin.

Y es que estamos poseídos de una invencible apatía, de esa apatía genuina y arcaica que caracteriza a nuestro pueblo. Y sin embargo, ya debe ser hora de que despertemos de nuestro letargo y conquistemos lo que si no ganamos por nuestras manos nadie nos dará.

Vayamos, pues, a la formación del Club Cinematográfico.

Algunos, los menos, estamos despiertos y prestos para la lucha; otros, los más, continúan dormidos, cubiertos con el manto de la eterna y arcaica apatía. Pero dejémosles y trabajemos nosotros solos, que cuando vayan volviendo a la vida y vean los resultados obtenidos, los tendremos a nuestro lado, y entonces...

Más ¿quién empezará la obra? Muchos, sin duda, se habrán hecho tal pregunta.

Sí, porque es indudable que nos falta experiencia, aunque tengamos voluntad y necesitamos alguien que nos dirija, que sepa más que nosotros para caminar con paso firme hacia el éxito.

Pidamos a los directores del

ameno CINE POPULAR que cumplan el ofrecimiento que han hecho; que sean ellos los promotores de la obra y lanzando la última arenga formen el Club con los que acudan al postrer llamamiento (no importa el número en los comienzos), pues poco a poco renacerá la confianza en los apáticos y llegaremos al logro de nuestras justas aspiraciones.

Hagamos, no obstante, una aclaración, que juzgo necesaria.

Hay quien, en lo que se lleva escrito a este respecto, ha ido demasiado lejos al exponer su opinión. Francamente, si cada uno va a presentar su programa es preferible quedarnos como estamos.

Habemos de regirnos por un Reglamento aprobado por todos, pero hecho por quien sepa hacerlo.

Creo, además, demasiado atrevido, casi imposible, querer, de golpe y porrazo, constituir elementos artísticos. ¿No lo creen ustedes así, señores A. M. V., Chambertin y P. Rodríguez?

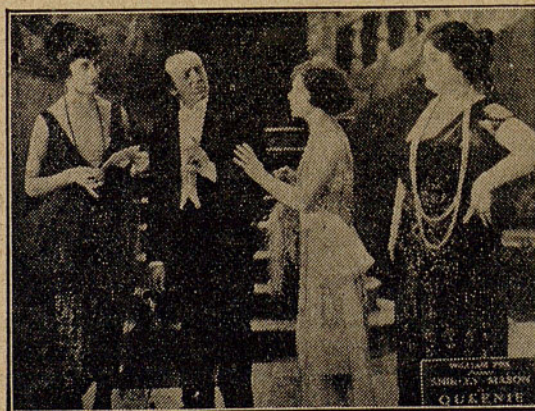
Porque, convengamos en que todas nuestras aspiraciones convergen en un solo punto: demostrar que la afición española tiene condiciones para poner a la cinematografía nacional en el debido lugar en que debe estar; pero no vamos a empezar el edificio por el tejado, ni debemos obrar con vehemencia, porque tal podría costarnos caro.

Constitúyase el Club en Barcelona y, cuando haya tomado el debido incremento, extiéndase por el resto de España, allí donde existan entusiastas del divino arte mudo.

Demos nuestra adhesión moral y material (yo por mi parte doy la mía); depositemos toda nuestra confianza en los que se han ofrecido tan altruistamente a dirigirnos, y ojalá que en no lejano tiempo se conviertan en realidades nuestros dorados sueños. Así sea.

Carmelo Morales Valverde

Madrid, 5, 7, 23.



Serlhey Masson en la película «Reinecita»

POR ESOS ESTUDIOS



Los que por sus obligaciones se ven en la necesidad de visitar y asistir constantemente a los estudios cinematográficos, deben vivir una existencia fantástica y febril.

Entre las visiones inquietantes de las hijas de Eva y las perspectivas fastuosas, su vida debe ser un cúmulo de extrañas sensaciones.

Por aquí, una peliculita de

muchachas en ligeros trajes veraniegos; por allí, príncipes y reyes en un argumento de época; más allá, un drama de familia; más lejos, un poema de amor.

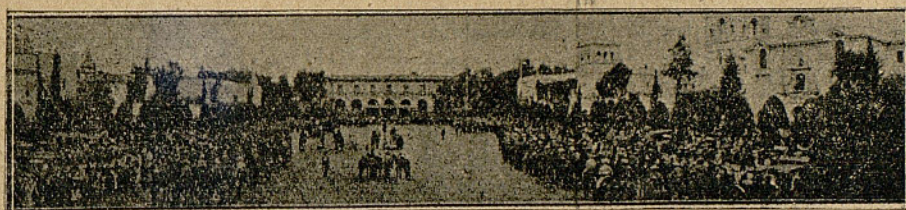
La vida de los mortales que se ven envueltos en esta vorágine cinematográfica deben semejarse a un lienzo cubista por las extrañas sensaciones, emociones y visiones amontonadas una

encima de otra en precipitada confusión.

Aunque, dicho sea de paso, las notas gratas serán las más, pues de los dramas y tragedias, de sobra se sabe su ficción; pero las siluetas de las hijas de Eva, alegres y amorosas, no son ficción sino realidad bien realista.

Cualquier día vamos a proponer a nuestros lectores una peregrinación artística a los estudios americanos, gestionando billetes económicos de la magnanimidad del Excmo. Sr. Marqués de Comillas. Podríamos aprovechar unas vacacioncitas para darnos una vuelta por esos estudios y ver las cosas de cerca.

Juan Auro



APRESÚRESE USTED A COMPRAR LA

Historia del Campeonato de Cataluña de Fútbol 1922-1923

Si quiere usted saber, en un momento dado, quién hizo un goal, quién arbitró un partido, cual de los jugadores ha marcado más goals, es decir, TODO lo que ha pasado en el campeonato, adquiera inmediatamente este libro.

Reseñas de todos los partidos de campeonato; Comentarios de cada jornada por J. Torrens; Fotografías de los equipos contendientes; Interesantes cuadros estadísticos.

Un tomo de más de cien páginas, en octavo, tirado en papel couché con cubiertas a tricromía. 1'50 pesetas.

Entrevista con Gloria Swanson

De una amena revista cinematográfica enviaron un repórter a entrevistar a Gloria Swanson, la estrella de moda. Fué muy hábil el repórter o muy franca la Swanson, pero es lo cierto que de la entrevista salió una crónica amena.

Juzgue el lector:

—Yo hubiese querido vivir en Inglaterra — empieza diciendo la atrayente mujer de los ojos de uva— en la primera mitad del siglo XVIII, o, como suelen llamarla los ingleses, «la época de los Jorges», primeros reyes de la dinastía de los «Hannover», cuyo amor al fausto y al derroche tanto escandalizó a los rígidos puritanos británicos de entonces.

Llegóse en aquellos tiempos al encumbramiento del peluquero, maestro no sólo del arte del peinado, sino de la ciencia de conservar y aumentar la belleza de las damas y de los caballeros, que el sexo fuerte en tal época, gustaba también de acicalarse.

Y... ¿qué mayor encanto que la visita diurna del gran hombre? Su charla entretenida y picaresca, su admirable colección de ungüentos y cosméticos, pomadas y perfumes, de confección casera inspirada en recetas del mismísimo Oriente y aplicadas al cabello y la piel con tanta gracia como suavidad. Recetas en las que jugaban principalísimo papel el aceite de almendras dulces, el limón y la manzana, la crema de estoraque, la clara de huevo, la cera, virgen, el agua de rosas y la púrpura. ¡Qué delicioso manual el que había que comprar a sus clientes, y en el que se daban consejos acerca de la manera de desenredar y peinar el cabello, «evitar las caries», «poner los papillotes», «colocarse el pañuelo de la cabeza para dormir» y las cintas, las flores y el turbante!

El peluquero de antaño, aun cuando aseguraba tener prisa para que así pudiera suponerse que prosperaba su negocio, jamás se precipitaba en el cumplimiento de su deber. Al contrario de lo que ahora ocurre con los innumerables especialistas que se han repartido sus menesteres; el pedicuro, la manicura, el masajista, la peinadora y el perfumista; los que a

más de no desempeñar más que un solo oficio se valen de mil artefactos modernos que facilitan su trabajo, el secador eléctrico, el depilador, etc., etc. Realmente, hoy en día se ha convertido en una prueba difícil de resistir lo que antes era grata ocupación, y, claro es, todas envejecemos prematuramente, que no hay cosa que haga encanecer con mayor rapidez que esta constante tensión de nervios en que vivimos.

Además, ¡aquéllos eran peinados! ¡Qué trenzados y qué lazadas, qué bucles y qué diademas naturales!...

Yo, a veces, procuro imitarlos, y estoy mucho más bonita que con el cabello liso; o, por lo menos, tiene más «chic» no belleza. Cierro que la novedad aumenta el atractivo. A lo que desde luego renunciaría es al «peinador» a la antigua usanza. No hay prenda más ridícula y antiestética que aquellos chaquetones semilargos de mangas voluminosas y excesivo adorno que vestían las elegantes para ir al tocador. ¡Cuán distinta a mi bata de crespón rosa que se pliega graciosamente a cada movimiento del cuerpo, y cuyo amplio escote y mangas perdidas deja entrever la línea graciosa de los

hombros y los brazos torneados!

En cuanto al pañuelo de dormir, ¿qué duda cabe de que se lo ha substituído ventajosamente con las exquisitas gorritas de tul y encaje?

Y la vida se nos complica más cada día. Hace unos años, sólo se necesitaba cambiar de traje tres veces al día. ¿Ahora?... Ocasiones hay en que yo varío de «toilette» seis veces en diez y seis horas, o sea en el tiempo que estoy levantada, cuando no más; según el trabajo que realice en los estudios.

A cada traje ha de acompañar un calzado apropiado, y a los de calle, el sombrero, la sombrilla, el bolso y los guantes que convengan.

Y después del esfuerzo físico y económico que tal vida supone, aun se dice que la raza se halla deteriorada y que las gentes no tienen dinero... Pero, por favor, amigo repórter, no transcriba esta última declaración. Las lectoras se harían de mi frivolidad un concepto demasiado cruel.

Y Gloria Swanson hizo un mohín con su breve boquita y levantó al cielo raso sus dulces ojos color de uva.



Mary Pickford en una escena de «Señal de amor»

Industria cinematográfica alemana

FABRICAS DE PELÍCULAS.—AUMENTO EN LOS PRECIOS. — IMPUESTOS EXCESIVOS

La industria cinematográfica se desarrolla en Alemania de una manera gigantesca. El país cuenta con cerca de 4,000 cinematógrafos, con más de 300 fábricas de películas, en las cuales trabajan cerca de 50,000 obreros y cuyo capital alcanza la respetable cifra de más de 4,000,000,000 de marcos. Durante el año pasado estas empresas vendieron películas por valor de 663,000,000 de marcos. Trabajan, no solamente para Alemania, sino para el mercado mundial. La guerra ha perjudicado mucho a esta industria; pero desde el armisticio consiguió reanudar las relaciones con el mundo entero, y hasta Francia e Inglaterra manifiestan mucho interés para la película alemana.

En los alrededores de Berlín, Munich, Dresden, Leipzig, Frankfurt y Colonia hierve una actividad cinematográfica febril. Allí se encuentran numerosas fábricas de películas, enormes edificios con un sinnúmero de dependencias llenas de materiales necesarios para la fabricación de cinedramas; allí se construyen, de madera y de car-

tón, soberbios palacios reales, templos chinos, castillos de la Edad Media, fortalezas modernas, salones suntuosos; allí se fabrican paisajes exóticos de todas clases; hoy se improvisan las márgenes del Nilo y las pirámides; luego, una u otra pequeña localidad cerca de Berlín se convierte en un campamento medio salvaje de los nómadas del Sur de América; un poco más tarde, el ambiente cambia nuevamente, y ya es en una estrechita calle de una ciudad del siglo xv donde se desarrolla la acción. En una carta de invitación enviada recientemente por el director de una fábrica de películas decía en alegre tono: «Si quiere usted pasar un ratito en Babilonia, sírvase venir mañana, a las 11, a Johannistal» (unos 20 kilómetros de Berlín).

Ríos artificiales, bosques, antiguas ciudades, ruinas históricas, todo efímero, se construyen diariamente para ser destruidos unos días más tarde. Centenares de artistas, bailarines y estatuistas están al servicio de las empresas. A veces, cuando es preciso represen-

tar a la muchedumbre o a las tropas, todo un ejército de los sin trabajo son conducidos desde Berlín a las fábricas de películas, y no pocos vagabundos miserables, hambrientos y harapientos se convierten, como en un cuento de hadas, en nobles patricios romanos, en sacerdotes o bien en cortesanos soberbios de un rey cualquiera. ¡Ay! ¡Tan sólo por unas horas!

Todo esto, como es de suponer, cuesta un dineral. Para la fabricación de ciertas películas, las empresas tienen que desembolsar varios millones. Y, naturalmente, se ven en la obligación de desquitarse a expensas de los propietarios de cines. Los precios para el alquiler de las películas suben diariamente, al par del encarecimiento general de la vida. Mientras antes de la guerra las mejores películas se pagaban a razón de 50 peniques el metro, ahora hay que pagarlas de 10 a 13 marcos. Los demás gastos han crecido también en una proporción exorbitante, de modo que los propietarios de cines tienen forzosamente que aumentar los precios de los billetes; pero... aquí tropiezan con una nueva dificultad, especialmente con los impuestos del Estado y de los municipios.

Estos impuestos ponen a las empresas cinematográficas ante una situación insoportable. He aquí unos datos: de un billete que cuesta de 15 a 20 marcos que es actualmente muy barato, el impuesto constituye un 55 por 100; de 20 a 25 marcos, un 60 por 100; los billetes superiores a 25 marcos son recargados con un impuesto de un 65 por 100.

Esto es la regla general. Pero varios Municipios, como por ejemplo, los de Aachen, Koblenz, Bonn, Düsseldorf, cobran hasta un 80 por 100. De modo que cuando el público paga en la caja de un cine 30 marcos, tan sólo seis marcos es lo que percibe la empresa, mientras los 24 restantes los cobran el Estado y el Municipio.



Mary Pickford en otra escena de «Señal de amor»

Buzón público

Para las señoritas Martínez Sagi y Francesita.

En el número 122 de esta popular revista, he tenido el gusto de leer la opinión firmada por la señorita Francesita. Dispense que le diga, con mil perdones, que sus apreciaciones pecan de chauvinistas. Comprendo que en el caso de que usted sea francesa, como dice, tenga por favoritos a sus paisanos; pero de esto a decir que los americanos no saben más que hacer y dar puñetazos, trucos, corridas, tiros, etcétera, hay un buen pedazo. No por esto le negaré el valor de los artistas por usted citados, así como también que en series son preferibles los franceses por sus bonitos argumentos; pero en Yanquilandia, señorita, se hacen unas películas, muchas, que no pueden ni igualarlas los franceses. En cambio le voy a citar también artistas del sexo feo que no usan para nada de tiros y demás tonterías de serie, y son: Rodolfo Valentino, Ramón Novarro, Harry T. Morey, Monroe Salisbury, House Peters, Tomás Meibhan, Tom Moore, William Farnum, el malogrado Wallace Reid, etc., y otros que haciendo films del Oeste no tienen rival, ni en esto ni en nada, como son: Harry Carey, Hoot Gibson, Tom Mix, William S. Hart, Douglas Fairbanks, William Russell, Jack Pickford y otros muchos, como Charlot,

Harold Lloyd, Snw Pollard y Jackie Coogan, los cuales no cambio ni con George Biscot, con todo y ser un maestro. No le cito nombres del sexo bello por no llenar todo un CINE POPULAR.

Sin nada más por hoy, con mil perdones repetidos, se despide de ustedes affmo. s. s.,

Amado Larruy

—P. D.—Mil saludos a la señorita Martínez Sagi, la cual supongo debe ser hermana del popular interior del «Júpiter» y ex barcelonista.

Ciudad.

DE NOTA ADVERTENCIA

Asciende a un millar el número de cartas por publicar en CINE POPULAR, lo que crea inquietudes y descontento entre nuestros lectores que desearían ver su correspondencia y opiniones publicadas en el primer número.

Ante esta «congestión» la Dirección ruega a sus lectores no envíen nuevas cartas sobre el «Buzón Público», pues el millar que se archivan impublikadas crea ya un «conflicto» bastante serio.

Nuestros lectores pueden enviar artículos de colaboración, que serán prudentemente publicados a juicio de la Dirección, pero absteniéndose de entablar polémicas personales y limitán-

dose a estudiar escueta y lacónicamente determinados puntos de vista sobre el movimiento de la cinematografía en el mundo.

CORRESPONDENCIA

T. Rodríguez (Cáceres).—Remita 1'80 pesetas en sellos de correo y le enviaremos la novela.

Flor de España.—Contestaremos en el número próximo.

L. Guevara.—Su cuento, aunque no está mal escrito, no podemos publicarlo por no corresponder el asunto al carácter de nuestra revista.

L. Bas.—Admitidas sus cuartillas, que publicaremos.

Gracia.—Tenemos las postales que desea. Remita su importe por giro postal o en sellos de correo y se las enviaremos.

Lucio G.—Sus versos no nos interesan. Sentimos no poder complacerle.

Gloria.—Exija correctamente cuanto sinceramente crea que le corresponde. Este es el verdadero camino para sostener una amistad.

M. Villalba.—Recibida su crónica, que publicaremos.

P. Zamora.—Lo sentimos, pero no puede ser.

Compre usted el próximo CINE POPULAR. Publicará dos magníficas páginas con clisés sobre: **LUJO Y AMOR**:

IMPRENTA COSTA: ABALTO, 45.—BARCELONA

Novela Popular Cinematográfica

Lujosa revista semanal que publica el argumento-novela de una película extraordinaria

SE HAN PUBLICADO

Robín de los bosques, por Douglas Fairbanks.—El sello de Cardí, por Betty Blythe. — La agonía de las águilas, por Severín Mars y la Morlay.—La casa del misterio, por Masjouskine y Elena Darley.—Día de paga, por Charles Chaplin (Charlot).—Una carrera en Kentucky, por Reginald Denny.—El flirt, por Ellen Percy.—Chiquilin y Chiquilin hospiciano, por Jackie Coogan.—Theodora, por Rita Jolivet.—¡Qué tontos son los maridos!, por Enid Bennett.—Señal de amor, por Mary Pickford.

Cada ejemplar va acompañado de una preciosa postal retrato de artista. Precio 25 céntimos

se estremeció y volvió de repente hacia él la cabeza; mas el Príncipe volvió también a tiempo la suya. Otro incidente semiburlesco impidió también que la Guillabaora observase también la alteración de su padre: el digno squire, que no había salido de detrás de la cortina y parecía distraído en mirar con atención el jardín de la casa, se sonó con estrépito formidable, porque lloraba como un niño.

—Sí, mi amada María—dijo Clementina,—se sabe quién es vuestro padre... existe.

—¡Mi padre!—exclamó la Guillabaora con una expresión que puso otra vez a prueba el valor de Rodolfo.

—Y un día... acaso cercano... le veréis—añadió Clementina.—Lo que acaso os sorprenderá es que pertenece a una clase muy elevada...

—¿Y a mi madre, señora, la verá también?

—Vuestro padre os lo dirá, hija mía... ¿pero no os alegraréis mucho de verlo?

—¡Oh! sí, señora—repuso Flor de María bajando la vista.

—¡Cómo le amaréis!—dijo la Marquesa.

—Desde ese día empezará para vos una nueva vida; ¿no es verdad, María?—añadió el Príncipe.

—¡Oh! ¡no, señor Rodolfo!—repuso sencillamente la Guillabaora. Mi nueva vida ha empezado el día en que habéis tenido compasión de mí... en que me habéis puesto en la quinta.

—Pero vuestro padre... os ama...—dijo el Príncipe.

—No lo conozco... y todo os lo debo a vos... señor Rodolfo.

—¿Luego me... amáis... tanto... acaso más de lo que amaríais a vuestro padre?

—Os bendigo, señor Rodolfo.

Flor de María, exaltada por la gratitud que debía a su bienhechor, había vencido su timidez ordinaria; un leve sonrosado cubría sus mejillas, y en sus hermosos ojos azules, que levantaba hacia el cielo como para orar, resplandecía un suavísimo fulgor.

Algunos instantes de silencio siguieron a estas palabras entusiastas de Flor de María, pues era grave y profunda la conmoción de los actores de esta escena.

—Ve, hija mía—repuso Rodolfo, pudiendo apenas contener el gozo,—que casi ocupo en vuestro corazón el lugar de vuestro padre.

—No es mía la culpa, señor Rodolfo. Acaso no tengo razón... pero ya os lo he dicho, señor Rodolfo... lo conozco, y no conozco a mi padre.—Y añadió bajando su cabeza con rubor:—Y además usted conoce mi vida pasada y, sin embargo, me ha colmado de bondades. Acaso le pesará haberme encontrado... y, además, si es de tan alta alcurnia, se avergonzará de tenerme por hija.

—¿Avergonzarme?... ¿de vos?—exclamó Rodolfo levantando su frente altiva y su mirar orgulloso.—No temáis, pobre niña, que vuestro padre os elevará a un puesto tan blillante, tan encumbrado, que los más altos entre los grandes de la tierra no os mirarán de aquí en adelante sino con profundo respeto... ¿Avergonzarme de vos?... ¡no... no!... Después de las reinas, cuya sangre corre por vuestras venas... daréis el lado a las princesas más nobles de Europa...

—¡Monseñor!...—exclamaron a un tiempo Murph y Clementina, at-

rrados por la exaltación de Rodolfo y la palidez de Flor de María, que miraba a su padre con estupor.

—¿Avergonzarme de ti?...—continuó el Príncipe.—¡oh! si en algo estimo mi cetro soberano... es porque me permite elevarte tanto como has vivido abatida... ¿lo oyes, hija de mi alma... hija adorada?... ¡Porque soy yo tu padre!...—Y no pudiendo el Príncipe refrenar por más tiempo su exaltación, se echó a los pies de Flor de María, y los cubrió de lágrimas y caricias.

—¡Bendito seas, Dios mío!—exclamó Flor de María levantando los ojos.—¡Luego podía amar a mi bienhechor como lo he amado!... Es mi padre... y podré quererlo sin remordimiento... ¡Bendito... seáis... Di...—No pudo concluir; la conmoción era demasiado violenta, y se desmayó en los brazos del Príncipe.

Murph corrió hacia la puerta de servicio, la abrió y dijo:

—El doctor David... al instante... para S. A. R.... Una persona mala.

—¡Maldición!... ¡la he matado!...—exclamó el Príncipe sollozando de rodillas delante de su hija.—María... hija mía... escucha... soy tu padre... Perdona... ¡oh! perdona... por no haber reservado por más tiempo este secreto... La he matado... ¡Dios mío!... ¡la he matado!...

—¡Calmaos, monseñor!—dijo Clementina,—sin duda no hay peligro... Mirad; no ha perdido el color de las mejillas... es un desmayo, nada más que un desmayo.

—¡Pero en la convalecencia la matará!... ¡Desgraciado, oh, desgraciado de mí!

Entró en esto precipitadamente en la sala David, el médico negro, con una copa en la mano llena de frascillos, y un papel que entregó a Murph.

El médico tomó el pulso a la joven, y al cabo de un momento, volviéndose hacia Rodolfo que, pálido y aterrado, aguardaba sin aliento el fallo, dijo:

—No hay ningún peligro... serénese su alteza...

—¿Dí, es la verdad?... ¿no hay ningún peligro?

—Ninguno, monseñor. Bastarán unas gotitas de éter...

—¡Oh! ¡gracias, David! ¡mi querido David!—exclamó el Príncipe, y dirigiéndose a Clementina, dijo:—Vive... nuestra hija... vivirá...

Murph, después de haber leído la carta que le había entregado David, miró sobrecogido a Rodolfo.

—Sí, amigo mío...—añadió Rodolfo,—dentro de poco tiempo mi hija lo será también de la señora marquesa de Harville.

—Monseñor—dijo Murph temblando,—la noticia de ayer es falsa.

—¿Qué dices?

—Una crisis violenta seguida de un síncope, había hecho creer en la muerte de la condesa Sarah.

—¡La Condesa!...

—¡Dios eterno!...—exclamó el Príncipe asombrado, y Clementina lo miró con estupor sin comprender lo que pasaba.

—Monseñor—dijo David sin descuidar un momento a Flor de María,—no debéis tener la menor inquietud... Pero sería necesario el aire libre; que abran la puerta del jardín para llevar la silla, y el desmayo cesará enteramente.

Murph abrió al instante la puerta vidriera que daba al gran descanso de la escalera, y en seguida ayudó a arrastrar suavemente la silla en que estaba la Guillabaora sin conocimiento.

Rodolfo y Clementina quedaron solos.

—¡Ah! señora—exclamó Rodolfo, luego que se alejaron Murph y David, —¿no sabéis quién es la condesa Sarah?... es la madre de Flor de María...

—¡Dios mío!...

—¡¡creía que estaba muerta!...

Siguióse un momento de profundo silencio. La de Harville perdió de todo punto el color y se le oprimió el corazón.

—Lo que no sabéis aún...—dijo Rodolfo con amargura,—es que esa mujer egoísta y ambiciosa sólo me ha amado como Príncipe, y en su juventud me ha inducido a una unión, que después se ha tenido que romper. Empeñada en volver a casarse conmigo, la Condesa ha causado todas las desgracias de su hija entregándola a manos extrañas.

—¡Ah! ahora comprendo, monseñor, la aversión que le profesabais.

—¡También comprenderéis por qué ha querido perderos dos veces con infames delaciones!... Devorada por una ambición implacable, quería obligarme a sucumbir a un asedio aislándome de todo afecto humano.

—¡Oh! ¡qué cálculo odioso!

—¡Y no se ha muerto!...

* * *

Algunos instantes después salió la marquesa de Harville de casa del Príncipe, y éste se dirigió a toda prisa a la de la condesa de Mag-Gregor, acompañado de Murph, del barón de Graun y de un edeán.

EL CASAMIENTO

Desde que Rodolfo había descubierto el asesinato de Flor de María a la condesa Sarah de Mag-Gregor, cerciorada ésta por una revelación que destruyó todas sus esperanzas y atormentada por un remordimiento tardío, había sido acometida por violentos ataques nerviosos y por un espantoso delirio; abriósele la herida que ya estaba medio cicatrizada, y un prolongado síncope había hecho creer en la cercanía de su muerte. La fortaleza de su constitución la salvó, sin embargo, de esta violenta crisis y volvió a recobrar nuevo aliento. Sentada en una silla de brazos para sostenerse mejor, hacía algunos momentos que se había sumergido en dolorosas reflexiones, pesándole de no haber sucumbido a la muerte que le había amenazado.

Entró de repente Tomás Seyton en el cuarto de la Condesa, sin poder disimular una alteración profunda. Intimó con una señal a las dos camareras de Sarah que se marchasen, pero la Condesa apenas dió muestras de haber notado la presencia de su hermano.

—¿Cómo estás?—le dijo.

—En el mismo estado... muy débil... y de cuando en cuando me dan unas sofocaciones que me ahogan.

—Sarah—repuso Tomás Seyton,—una agitación violenta podría matarte o salvarte.

—Me es igual. Sería capaz de contemplar con indiferencia hasta la muerte de Rodolfo. El espectro de mi hija... ahogada... por culpa mía...

—Y si... suponiendo que fuera posible un milagro, si la hija viviese aún... ¿qué efecto te produciría la noticia?

Clementina al acordarse que se hallaba sola con Rodolfo, y en su casa. Acercóse a ella el Príncipe y le dijo casi con timidez:

—Si he elegido este día... este momento... para haceros una declaración sincera... es porque la solemnidad del día y del momento aumentarán la gravedad de esta declaración... Desde que os conozco, os amo... Mientras he debido ocultar este amor, lo he ocultado... mas ahora sois libre... me habéis restituido mi hija... ¿queréis ser su madre?

Hacía mucho tiempo que Clementina amaba al Príncipe con vehemencia. Le pareció estar soñando.

—Señor—repuso con voz trémula,—debo recordaros la desigualdad de nuestras condiciones... el interés de vuestra realeza...

—Déjeme usted pensar, antes que nada, en el interés de mi corazón... en el de mi hija amada. Usted, señora, puede hacernos felices a ambos.

—¡Ah! monseñor, a tan nobles palabras sólo puedo responder con palabras de gratitud—exclamó Clementina profundamente emocionada.—Pero, monseñor—añadió reponiéndose,—allí vienen...

Un temblor general se apoderó de Flor de María al verse delante de su bienhechor, de su salvador, de su *Dios*, que la contemplaba en una especie de éxtasis.

—Seré usted, hija mía—le dijo la señora de Harville.—Allí tiene usted a su amigo, el señor Rodolfo, que le aguardaba a usted con gran impaciencia.

—¡Oh, sí, sí... con mucha impaciencia—murmuró Rodolfo con el corazón oprimido.

—Hija mía, está usted todavía muy débil... siéntese... descanse...—dijo Clementina, acompañando cariñosamente a la turbada muchacha hasta sentarla en un sillón.

A una señal de la de Harville que, apoyada con el codo en el respaldo del sillón de Flor de María, hacia la cual estaba inclinada, estrechando con una mano la mano de la joven, el Príncipe se acercó poco a poco al otro lado del asiento, y como era ya más dueño de sus acciones, dijo a Flor de María, que volvió hacia él su rostro encantador:

—¡Por fin, hija mía, estáis para siempre entre vuestros amigos!... No volveréis a dejarlos... Ahora es necesario que olvidéis lo que habéis sufrido...

—Sí, prenda mía, el mejor modo de probarnos cuanto nos amáis—añadió Clementina,—es el olvidarnos de vuestro pasado infortunio.

—Creedme, señor Rodolfo, creedme, señora, si alguna vez me acordase de lo pasado, a pesar mío, sería para decirme a mí misma que a no ser por vos me hallaría aún en el infortunio.

—Sí; pero haremos por desterrar de vuestra memoria esos tristes pensamientos... y nuestra ternura no os dará lugar para volver a ellos, mi amada María...—dijo Rodolfo,—porque ya sabéis que os he dado este nombre... en la quinta.

—Es cierto, señor Rodolfo... ¿Y la señora Adela, que me había permitido llamarla... mi madre... ¿está buena?

—Muy buena, hija mía... Pero tengo que deciros cosas muy importantes. Desde que os he visto la última vez... se han hecho grandes descubrimientos sobre... sobre... vuestro nacimiento...

—¿Mi nacimiento?

—Se ha sabido que vuestros padres... se sabe quién es vuestro padre...

Rodolfo estaba tan inmutado al proferir estas palabras, que Flor de María



Recomendamos a nuestras lectoras la adquisición del
hermoso figurín

La Mode de París

lujoso álbum conteniendo las novedades más prácticas y elegantes para la temporada de primavera y verano para 1923. Más de 250 modelos para todos los gustos y necesidades corrientes en el hogar, en sociedad y ceremonias

Precio del ejemplar, 3 ptas. : Precio
especial para nuestras lectoras, 2'50 ptas.

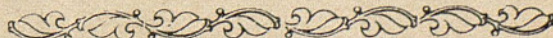


SEÑORA: Sus hijos irán elegantemente vestidos y serán la admiración y encanto de propios y extraños si toma como modelo los del figurín para niños

Toilettes d'Enfants

que se vende en toda España a 2'50 ptas.
Precio especial para nuestras lectoras, 2'10 ptas.

Los pedidos acompañados de su importe en sellos de Correos o por Giro Postal a PUBLICACIONES MUNDIAL, Barará, 15 - Apartado Correos 925
BARCELONA



JAQUECAS

Tomando un sello de

KALMINE

se curan instantáneamente.

Es el mejor remedio contra
toda clase de dolores.

DE VENTA EN TODAS PARTES

■ ■ ■

DEPÓSITO GENERAL:

Establecimientos DALMAU OLIVERES, S. A.

Paseo Industria, 14

B A R C E L O N A

